

Viajeros en Barcelona*

Para Sabela, Iago, Enrique y Luis

I. Angel Ganivet

Angel Ganivet fue un espíritu inaudito, contradictorio, arbitrario y desconcertante» según la semblanza que Valentí Camp traza del escritor granadino en *Ideólogos, teorizantes y videntes* (1922), título que define de modo ejemplar la personalidad del escritor que, cual doble de Larra y adelantado del 98, se arrojó a las heladas aguas del Dwina el 29 de noviembre de 1898, cuando se aprestaba a cumplir los 34 años. Ganivet sufría una intensa depresión paranoide, seguramente acentuada desde su llegada a Riga tres meses antes, por las sospechas de infidelidad de su perenne amante Amelia Roldán, quien llegaba a la capital de Letonia, procedente de París y acompañada de su hijo Angel Tristán, el mismo día del suicidio del escritor, a fin de pedirle la reconciliación. Este factor ocasional no debe ocultar la razón más profunda de su suicidio: la incompatibilidad entre sus individualistas y antidemocráticas aspiraciones espirituales — «Ganivet llevaba dentro un reaccionario», escribió su gran amigo Unamuno— y el materialismo positivista del contexto europeo, en el que veía subsumirse, derrotados, los ideales españoles que había analizado en el breviarío *Idearium español* (1897), lacónica y encendida síntesis de su pensamiento. O paralelamente: consciente de la inmortalidad y de la vida del espíritu, la aceptación voluntaria de la muerte es una prueba de heroísmo, de la ansiada meta de la *iluminación* frente a la decadencia y el desarraigo. Escritor ágil, lírico y brillante —que malhumoró a Manuel Azaña en los años 20 y fascinó a Pedro Laín Entralgo en la inmediata posguerra—, Ganivet, lector conspicuo de Renan, Taine, Carlyle, Zola, Barrès, Maeterlinck y Galdós, fue en su corta andadura vital un pertinaz viajero de que-rencias solitarias y ensimismadas, salvadas por la apasionante correspondencia a sus familiares (en especial a su madre) y a unos cuantos amigos

* La presente es la primera entrega de una serie titulada «Viajeros en Barcelona», en la que se pretende recoger con laconismo y fluidez, pero con el mayor esmero erudito, las impresiones que diversos escritores españoles e hispanoamericanos de los siglos XIX y XX ofrecieron en su obra (periodística, memorialística, epistolar o creativa) tras una estancia viajera en Barcelona. Se evita el aparato de notas y se da una mínima bibliografía de referencia final de cada una de las entregas.

verdaderos, Navarro Ledesma, Unamuno y el grupo granadino de la «Cofradía del Avellano», principalmente a Nicolás María López, el *Antón del Sauce* de su obra maestra, *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898), donde, siguiendo la huella autobiográfica de la novela, promete «nuevos y utilísimos, a la par que famosos trabajos» del Pío Cid —*alter ego* del autor— en Barcelona.

En la primavera del 92 Ganivet ganaba con el número uno unas oposiciones al cuerpo consular. De inmediato es nombrado vicecónsul en Amberes, donde permanecerá hasta febrero de 1895. Su época madrileña de estudiante y opositor se cerraba, al mismo tiempo que se abría su vida viajera, que en su caso no es sinónimo de mundanidad sino de estudio y de frecuentes excursiones a otros lugares europeos (Bruselas, París, Berlín). La estancia en Amberes combina el comienzo del deterioro de su relación con Amelia —iniciada el mismo año de sus oposiciones— y la lectura frenética en francés, inglés y alemán de multitud de obras literarias y filosóficas. El día de Navidad del 95 es ascendido a cónsul y destinado a Helsingfors, adonde llega en febrero del 96. En Finlandia, la vida de Ganivet es más sociable y el trabajo literario, incesante: *Granada la bella*, *Cartas finlandesas*, *Los trabajos*, *Hombres del Norte* y el drama *El escultor de su alma*. Esta explosión creadora supone que, durante su visita a Granada y Cataluña en el verano del 97, los intelectuales de su tierra le acojan como hijo ilustre y los círculos literarios y artísticos del *Modernisme* le honren con su amistad y le soliciten como colaborador del activo grupo de *La Vanguardia*, que produjo algún fragmento y publicó apasionadas y contradictorias reseñas del *Idearium español*, recién salido de las prensas de una pequeña editorial granadina. La estancia en Helsingfors termina al carecer el consulado de la suficiente actividad y ser trasladado a Riga, tomando posesión el 10 de agosto del 98. Para entonces había viajado también por Alemania y Rusia.

La pluma epistolar, ensayística y narrativa de Ganivet se detiene frecuentemente en la *écriture* de la ciudad. Con una sensibilidad prenoventa-yochesca, situada a mitad de camino entre el naturalismo y el idealismo psicologista, y nutrida —en amarga contradicción— de voluntarismo nietzscheano y de la abulia de Schopenhauer, ya sea con su mirada o la de su doble novelesco, Pío Cid, Ganivet plasma la belleza de Granada, se acerca al mundo de sus andanzas madrileñas o anota sus varias e interesantísimas impresiones de las ciudades europeas: Amberes es, a su llegada, «grande y algo triste. Todo el movimiento está en el puerto»; Bruselas se le ofrece como «una ciudad del corte de Madrid, en cuanto a animación, la vida es más divertida y espiritual que aquí en Amberes»; desde Berlín (27-I-96), ciudad que dice conocer *comme une poche*, escribe a su

amigo Navarro Ledesma: «Te escribo después de comer en el café-hotel Baner viendo a la gente desfilar o marchar por la *Unter den Linden*. He contado más de 100 uniformes diferentes y estoy deseando perder de vista esta potente organización. Además me obsesiona el busto del *Kaiser* que está como Dios en todas partes»; Königsberg le parece una ciudad «sucia, silenciosa y que casi vive al natural con sus canales y sus cuadras en el centro»; de San Petersburgo recuerda el paseo en trineo por la ciudad y la visita al museo de pintura «que es soberbio». El epistolario ganivetiano está sembrado de las luces y las sombras de las ciudades europeas *fin-de-siècle*: es la ciudad la matriz inspiradora del texto.

Barcelona aflora en su correspondencia en dos de las tres ocasiones en que Ganivet viajó a la capital catalana: del 29 de junio al 4 de julio de 1892 camino de Amberes, y del 14 de agosto a mediados de septiembre de 1897, cuanto termina su veraneo en Sitges antes de viajar a París en ruta hacia Helsingfors. Estuvo también en diciembre del 95: breve parada, para dejar a Amelia y el niño, en tránsito entre Amberes y Granada.

Las notas de su primer viaje dejan traslucir el deslumbramiento del hasta entonces nonato escritor provinciano. Se instala en la calle del Bruch 107, 2º, y de inmediato recorre —deambulador incansable— gran parte de la ciudad, cuya primera impresión transmite a su madre: «Por lo que he visto de Barcelona, puedo ya tomar juicio y desde luego esto es muy bueno. Más movimiento que en Madrid, más limpieza, mejores paseos y tiendas muy bien puestas». La brillante, activa y lujosa vida mundana barcelonesa no le pasa inadvertida: «en materia de cafés y teatros está esto mejor que Madrid, no sólo por lo que abundan, sino porque tienen el aspecto más lujoso». En su cotejo con la vida madrileña, Ganivet únicamente pone reparos al trato de los barceloneses «porque con los que he hablado particularmente no me han hecho tilín».

En esta primera estancia son las tiendas, los teatros y cafés lo que deslumbra a Ganivet que, al permanecer pocos días, no puede pulsar el empuje de la burguesía y la efervescencia artística e intelectual de la ciudad. La intuye, y sus impresiones se completan con notas sobre la visita a los alrededores próximos —San Gervasio, Sarriá— o más lejos —Vallvidrera, Vallirana— y sobre sus paseos por el puerto, a la par que nos informan de lo acogedor de los restaurantes con comedores amplios y servicios de *mesa redonda*, y de las chocolaterías más renombradas. «No creo que haya en España nada que se le pueda comparar», concluye.

La segunda estancia de la que Ganivet dejó testimonio es más larga. Llega acompañado de sus hermanas, Amelia y su hijo. Se trasladan de inmediato a Sitges, acomodándose en la casa número 4 de la calle Mayor. Pronto, no obstante, sus acompañantes regresan a Barcelona y Ganivet se

queda a vivir unos días en un Sitges que arde en fiestas y en el que va a intimar con Rusiñol, Casas, Utrillo, Enrique Morera y Modesto Sánchez Ortiz. Son los amigos del *Cau Ferrat*, a través de los que tendrá entera noticia del *modernisme*. Entusiasmado ante los sacerdotes y el santuario, escribe numerosas cartas a sus amigos granadinos de la «Cofradía del Avellano» y un artículo para *El Defensor de Granada* (12-IX-1897). Todos los testimonios están preñados de una fervorosa alegría: «Sitges presta su cuerpo gracioso, su playa luminosa, su airoso paseo de palmeras, sus calles blancas como la espuma del mar; pero el espíritu viene de fuera y anida en el *Cau Ferrat*», escribe en el artículo, mientras en carta a Nicolás M. López define a Rusiñol como un espiritualista y un místico.

De estos días catalanes de aprendizaje interior, Ganivet extranjero una doble lección regeneracionista. La primera nace de su convicción de que fuera de Cataluña y Vizcaya, el atraso y la pobreza de España es total, lo que implica —a su juicio— que más que emular los contenidos catalanes hay que aprender el esfuerzo: «lo que hay en Cataluña en punto a cultura lo podemos tener nosotros con facilidad, y con la ventaja de lo que lo nuestro es también español puro», le escribe a Nicolás M. López desde Riga (1-X-98). La segunda insiste en sus recelos ante el regionalismo separatista, lo que le lleva a afirmar en la segunda carta pública dirigida a Unamuno y recogida en *El porvenir de España* (1898): «He estado tres veces en Cataluña, y después de alegrarme la prosperidad de que goza, me ha disgustado la ingratitud con que juzga a España la juventud intelectual nacida en este período de renacimiento; a algunos les he oído negar a España».

El aprendizaje ganivetiano de Cataluña no pudo consolidarse. Su paradójica concepción de España —«yo soy regionalista del único modo que se debe serlo en nuestro país, esto es, sin aceptar las regiones»— era cardinal en su pensamiento, «preso —Azaña *dixit*— de sugerencias emocionantes, pero deleznable».

II. José María Llanas Aguilaniedo

José María Llanas Aguilaniedo nació en Fonz, a mitad de camino entre Barbastro y Monzón, en 1875. Hijo del farmacéutico de la villa oscense, cuando contaba apenas dieciséis años —en octubre de 1891— viaja a Barcelona para estudiar la carrera de Farmacia. Llanas encontrará en Barcelona, en la que vivirá, salvo las temporadas de vacaciones, hasta junio de 1895, cauce para su espíritu independiente y posibilidad, no sólo de los estudios universitarios sino de colaborar en el *Boletín Farmacéutico* que editaba la «Sociedad Farmacéutica Española», y de entrar en contacto con